

El Toledo ignorado

Si aún muchas novedades puede encontrar en Toledo el estudioso que al remover los archivos de su Historia, vea las páginas magníficas que sobre él escribieran Cervantes, Garcilaso, Bécquer, Galdós, Navarro Ledesma, Marañón y esa lista interminable de grandes figuras que nos permiten decir que en cada época algún personaje representativo descubrió en él una faceta desconocida, podríamos tener la impresión de que con estos antecedentes nos sería muy fácil conocer nuestra ciudad, y, quizá, el nombre de sus calles y plazas, sus leyendas, y los grandes hombres que en él habitaron nos resultarían familiares.

Pero, ¡qué distinto y, al mismo tiempo, maravilloso, es el tratar de penetrar en el alma de esta Impe-

rial Ciudad! De aquí, el contraste ante lo que ocurre ahora; pues, aun cuando sea la época de mayor impulso turístico, al encontrarnos dominados por el afán y mal de estos tiempos, la prisa, los visitantes que hasta nosotros llegan no captarán, no ya los pequeños detalles que imprimen carácter a las cosas, sino que hasta aquellos monumentos mundialmente conocidos quedarán inéditos. Porque, ¿cómo comprender la sublime belleza de la Catedral en silencio, o el recogimiento místico de los muchos conventos, o las huellas de siglos de sus ocultas calles?

Y si se nos dice que son visitados, tememos que no pasará mucho tiempo para que lleguen a ser solamente el complemento de algún hotel, fábrica o espectáculo folklórico

que sea organizado para «ocupar» el día dedicado a la visita turística.

Ya sabemos que es absurda pretensión querer cantar en un día las múltiples bellezas que la ciudad encierra; pero debe procurarse que el Museo de Historia y Arte de que disponemos, no quede inédito para la gran cantidad de visitantes que hasta ella llegan con ánimo de conocerla. Pues si se puede argumentar que una parte, y puede que hasta numerosa, no sepa entender o no se impresione a la contemplación de las bellezas que atesora, muchos de los que desearían captar todo su encanto guardarán la amargura de un viaje fallido, que tendrán que repetir si su fortuna o tiempo se lo permiten, pues se habrán, quizá, dado cuenta al paso

por las comerciales calles de la capital, de la existencia de una calleja lejana que conserva todo el hechizo y misterio que encierra la Imperial Ciudad, o habrá visto tras la celosía de una ventana moruna el rostro enigmático de una mujer que parece observar como sorprendida una época distinta a la que ella parece no pertenecer y se dará

